

permaneciesen hasta que el monarca hubiera despachado los negocios que urgían a su servicio.

En Villalba el infante don Juan habló con Álvaro de Luna para quedarse algunos días en la corte, pero éste le respondió que ahora la voluntad principal del rey era arreglar los asuntos que le implicaban con don Enrique, y entre tanto, deseaba que ninguno de los infantes continuase en su compañía, para que no se pensase que influían los unos en perjuicios de los otros; que él podía dejar al adelantado Sandoval en la corte para atender a sus intereses, los cuales serían tan favorecidos como si él mismo estuviera presente. Habló después don Álvaro con el conde don Fadrique y el de Benavente sobre este asunto, y les dijo que si el infante don Juan les preguntase que si se podía quedar en la corte, su respuesta fuera rotundamente no, y si éste insistía sobre ello, no dudasen en llamar a la gente de armas para que desistiera sobre ello.

Al final, el infante no insistió más y esa misma gélida tarde del 22 de diciembre al atardecer, con permiso del monarca, emprendió su camino hacia Fuensalida, y su primo el rey Juan II junto a su corte, abandonó el humilde castillo de Villalba, y siguió hacia Talavera.■

Esta es la historia, a grandes rasgos, del breve pero intenso paso del rey Juan II de Castilla y su agitada corte por Montalbán. Y aunque el castillo, fue el escenario de algún que otro asedio, no volvió a conocer ningún otro episodio de igual o mayor relevancia que el descrito aquí. Y así, al conceder este rey el señorío de Montalbán y su castillo a su válido Álvaro de Luna por la labor recibida allí y al instalarse éste definitivamente en Escalona, tanto los años como los turbulentos siglos, fueron apagando y ensombreciendo la vida del castillo, que abandonado, paulatinamente se fue convirtiendo en la gran mole de piedra que ha llegado hasta nuestros días y que se resiste a morir como testigo vivo de los acontecimientos que alguna vez acogieron sus inexpugnables murallas y sobrias torres.

Montalbán, para el rey Juan II y su corte, se presentó como una fortaleza con unas condiciones casi inhóspitas para residir; pero a la vez, se presentó como el único lugar seguro en el que se podía conservar el trono castellano. La Historia tiene siempre un único camino que nos hace llegar a ser lo que somos hoy, ya que, imagínense que Montalbán no se hubiera interpuesto entre don Enrique de Aragón y Juan II, ¿qué hubiera pasado entonces? ¿Hubiera continuado reinando el joven e inexperto rey de Castilla, o por lo contrario se hubiera trastocado la historia de España de forma irreconocible hoy día? ¿Hubiera llegado a ser la hija de Juan II, Isabel la Católica, reina de Castilla? Seguramente la respuesta a estas y más preguntas, jamás hubieran tenido contestación y es que en todo momento y en todo lugar, hay un punto de un determinado episodio que le hace único, irrepetible y que sea el pilar en el que se asienten acontecimientos futuros. Este es el caso de Juan II de Castilla, el rey asediado en Montalbán.

Por último, para terminar con este estudio sobre los sucesos vividos por el padre de la reina Isabel la Católica en Montalbán y a modo de anexo, vamos a exponer el resultado de una interesante investigación recogida por el diario de León sobre el análisis de los restos óseos del propio Juan II de Castilla, que nos permiten conocer el aspecto y los detalles físicos que presentaba este rey, llevado a cabo en septiembre del 2007 por el profesor de Antropología Física de la Universidad de León, Luis Caro.

La historia comenzó con el plan de restauración de la Cartuja de Miraflores en Burgos, donde Isabel la Católica mandó construir el panteón para sus padres, los reyes Juan II e Isabel de Portugal.

Con motivo de este proyecto, la Junta de Castilla y León, encargó a Luis Caro el estudio de los restos reales con el fin de descubrir si la historia oficial respondía a la que descansa bajo el conjunto escultórico realizado por Gil de Siloé. El profesor de Antropología Física de la Universidad de León, Luis Caro, se encargó, junto a María Edén Fernández, del estudio antropológico de los huesos, mientras que el análisis genético se encargó al Instituto Toxicológico de Madrid y a la Universidad del País Vasco.

El cráneo de Juan II, se encontró prácticamente entero, lo que ha permitido estudiar por primera vez los rasgos anatómicos y antropológicos de un rey, su retrato físico. Hay que subrayar que el cuerpo del monarca se encontró en una urna de madera en la cripta, si bien siempre estuvo bien aislado y ventilado, por lo que su estado de conservación siempre fue bueno.

Además, junto a su cuerpo se encontraron restos muy fragmentarios de otra persona (Isabel de Portugal), junto a un lápiz de carpintero y huesos de jabalí. Se sabe que la Cartuja de Miraflores resultó asaltada por las tropas francesas, que profanaron las tumbas reales y robaron lo que allí pudieron encontrar. De ahí que los restos de la reina Isabel de Portugal hayan sido mutilados.

Según los antropólogos Luis Caro y María Edén Fernández, el análisis del cráneo de Juan II demuestra que este rey tenía la cara ligeramente



El profesor Luis Caro junto a un cartujo ante la urna con los restos del rey Juan II

torcida hacia el lado izquierdo; tenía la cara alta y no muy ancha, así como una nariz grande y de gran jiba, junto a

unos senos maxiliares inflamados alrededor de la nariz, en particular el izquierdo. Sin embargo lo más característico de la cara de Juan II es su nariz deformada como consecuencia de un traumatismo ocurrido en su infancia, que provocó la desviación del tabique nasal hacia el lado izquierdo y una laterorrinia externa del apéndice nasal hacia el lado derecho. Se puede decir que este aspecto facial es característico y define la cara de Juan II. La lesión ha tenido consecuencias en cuanto al desarrollo interno de los cornetes nasales, impidiéndole respirar con normalidad por la nariz y afectó también al desarrollo facial izquierdo, que presentó hipoplasia. Un segundo hecho importante es la fractura de su escápula izquierda, ocurrida cuando era adulto. Esta rotura no fue corregida y le dejó secuelas de por vida, secuelas que afectaron a la movilidad del hombro y brazo izquierdo, lo que le obligó a ser diestro funcional. Junto a estos, Juan II presenta un tercer defecto que afecta al sacro, como resultado de una variabilidad anatómica congénita denominada enderazamiento del sacro, lo que le habría impedido sentarse correctamente.

Así mismo, el estudio antropológico muestra que el rey fue muy alto, aproximadamente 1,79 cms., y su defunción ocurrió a una edad entre los 47 y 50 años. No existen indicios claros que puedan señalar la causa, pero puede afirmarse que se trató de un proceso agudo, no crónico, y que, por tanto, no dejó evidencia en los huesos. Poco más puede precisarse acerca de su muerte, si bien las crónicas señalan que padeció malaria, que le dejó graves secuelas. Aunque se recuperó, murió finalmente en Valladolid el 22 de julio de 1454 con 49 años, desde donde fue llevado a Miraflores.■

Imagen del esqueleto de Juan II



BIBLIOGRAFÍA:

- BENITO RUANO, ELOY: Los infantes de Aragón. Madrid, 2002
- CAVANILLES A: Historia de España, Madrid, 1862
- DE AZCONA, T: Isabel la Católica, vida y reinado. La Esfera e Historia, Madrid, 2002
- DIARIO DE LEÓN
- LAFUENTE, M: Historia general de España. Establecimiento Tipográfico de Mellado, Madrid, 1852.
- PÉREZ DE GUZMÁN, F: Crónica de Juan II
- PORRAS ARBOLEDA, PEDRO A: Juan II (1406-1454). Ed. La Olmeda, Palencia, 1995
- QUINTANA, J. MANUEL: Obras completas del Excmo. Sr. D. José Manuel Quintana. Ed. Rivadeneyra, Madrid, 1852.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L: Historia de España Antigua y media. Ed. Rialp, Madrid, 1972

Y agradecimiento especial a D. Benjamín de Castro y al Museo de la Celestina por su inestimable colaboración